



Dinero de otro mundo

Carlos Virgilio Zurita

En Agosto pasado murió Esteban Rodríguez Doyle. Hacía un largo tiempo que no lo frecuentaba, pero fue uno de mis mejores amigos en la lejana adolescencia del bachillerato. De vez en cuando me cruzaba con él, y se demoraba en detalles de sus viajes que lo llevaron a permanecer largas temporadas en Europa. Hace unos días, una sobrina suya vino a verme, y me entregó dos colmados carpetones. Uno de ellos contenía diverso material que reflejaba su personalidad fragmentaria, polifacética y, de algún modo, obsesiva: un puñado de buenos poemas, anotaciones con prometedores comienzos de relatos, dos esquemas de novelas, el detallado índice de una tesis de sociología, apuntes de viajes, punzantes descripciones de personajes de la ciudad, y una multitud de materiales —quizás prescindibles— que sólo pueden ser enumerados mediante un largo etcétera. El otro cartapacio estaba dedicado por entero a Sherlock Holmes, la gran pasión de Esteban: imágenes, recortes de periódicos y revistas, y una variada hagiografía que pudo ser adquirida en las tiendas de souvenirs de los alrededores del 221 de Baker Street. Me llamaron la atención unas hojas abrochadas, con una traducción que Esteban había realizado, "en Enero de 1984, en El Rodeo, Ambato", de un relato, creo que desconocido, de Arthur Conan Doyle donde el doctor Watson cuenta una sorprendente historia de falsificadores de dinero, y que se transcribe a continuación.

I

Él estaba, aunque frenético, sorprendentemente comunicativo. Me alegraba verlo así luego de tantos días de hostil ensimismamiento. El motivo de su nerviosa inquietud consistía en que esa tarde concurriríamos a escuchar en Saint-Martin-in-the-Fields, no un oficio religioso, sino a Soltan Ferenczy, un violinista húngaro que si bien no poseía un Stradivarius ("apenas un Guarneris", me advirtió Holmes) en sus actuaciones en el continente había adquirido fama de ejecutar su instrumento con destreza casi demoníaca.

—Ojalá este magyar logre sorprenderme, Watson —musitó Holmes con aire melancólico mientras ingresábamos en el templo.

Pero lo que sí nos sorprendió fue la irrupción casi al comienzo del concierto del teniente Templeton de Scotland Yard.

—¿Qué hace un polizonte aquí, es que acaso el Yard los envía ahora a cultivar el espíritu?, —preguntó mi amigo.

—No, no estoy aquí para escuchar música, sino que el jefe me envió a buscarlo a usted, Mr. Holmes.

—Su jefe, no el mío, gracias a Dios.

—Bueno, sí... Pero él quiere verlo. En verdad, solicita verlo, pero de inmediato. Ocurre que han surgido evidencias en el caso de la falsificación de dinero.

—¿Cómo que "de inmediato"? Yo no acepto órdenes de él, no soy su empleado. No ve, acaso, que estoy en un concierto? Adiós, teniente —lo despidió.

Yo, lleno de intriga, pero él como si no hubiera pasado nada, permanecemos hasta el final del recital. Cuando salimos ya había oscurecido, era una tibia noche de finales de Junio, y nos dirigimos hacia *The Golden Horn*. Nos instalamos en una mesa del fondo y él encendió su pipa. La aspiraba con una fruición, con una sensualidad —diría— que era muy típica de él, pero que nada tenía que ver con el espíritu británico. Han circulado, a medida que fundada en la resolución de tantos casos notables crecía su celebridad, diversas interpretaciones sobre sus propiedades, así les llaman, deductivas: dicen que ellas son expresivas del espíritu inglés, de quien él sería un representante prototípico. Nada más falso, ninguna cosa más errada. Holmes es cualquier cosa, menos un típico inglés. En realidad posee la marginalidad racional y moral de un centro europeo: su torturada obsesión por los detalles y por los pliegues recónditos del alma es, más bien, un rasgo típicamente eslavo. Pero dejemos estas observaciones para otra ocasión.

Luego de permanecer un largo momento con la mirada perdida en no sé que paisajes interiores me preguntó: "¿Qué opina, Watson, de lo que dijo Templeton?" Le dije que valía la pena ir. "Así también creo yo, aunque más no sea para obtener noticias sobre esa cuestión tan extraña de la falsificación".

Desde hacía unos meses los periódicos, especialmente *The Sun* y *The Mirror*, habían publicado diversas noticias sobre la aparición de billetes falsos de cinco libras. Al principio circularon en pequeñas cantidades por algunos sitios de Liverpool y Southampton, pero luego aparecieron también en Londres en algunos establecimientos de la city y en mayores volúmenes. Sin embargo en las últimas semanas dichas noticias cesaron, por lo que era dado suponer que la acción de los falsificadores había concluido o había sido neutralizada por la policía. Pero, como veríamos, lejos estaba de ser así.

Nos dirigimos al viejo y augusto edificio de Kensington Road; luego de anunciarnos, al instante nos condujeron hacia el despacho de quien tan afanosamente nos había convocado. Al ingresar me impresionó la atmósfera de preocupación que allí se vivía y la cantidad —y también el aspecto imponente— de los personajes reunidos con el Coronel Dunsanny, el jefe de Scotland Yard. Que hubiera dos personas más con él me resultó muy extraño, porque en las ocasiones que había requerido de los servicios de Holmes siempre lo había hecho en la mayor discreción, recibiéndonos a solas, tratando de mantener en secreto nuestra colaboración, para que la imagen del Yard siguiera siendo la de la todopoderosa institución que se bastaba a sí misma y que no necesitaba de la ayuda de un detective excéntrico —así lo pensaba en el fondo el Coronel— como Holmes. Además era raro que su pedido de colaboración lo hiciera directamente, ya que siempre se encarga de esa tarea el Inspector Lestrade.

—Sean bienvenidos, caballeros —nos saludó el Coronel. Éste es el famoso detective Mr. Sherlock Holmes y éste su amigo el doctor John Watson —agregó dirigiéndose a quienes estaban reunidos con él.

Luego señalando a sus acompañantes nos los presentó.

—Seguramente ya conocerán ustedes al Lord del Exchequer¹, su excelencia Andrew York. Y este distinguido visitante es el señor embajador de la República Argentina, mister Nazareno Figueroa Alcorta.

Nos quedamos de un palmo cuando escuchamos esos nombres. Al menos yo, no lograba comprender las razones de tan insólita reunión. Al viejo Lord ya lo conocía, al menos su venerable y ajada imagen la había visto tantas veces en fotos en los periódicos y en las implacables caricaturas del *Punch*, que me parecía totalmente familiar. En tanto que la figura y el aspecto del diplomático sudamericano resultaba, de alguna manera, tranquilizadora, porque ella coincidía en todo con la imagen que uno había tenido siempre de los diplomáticos, aunque de los diplomáticos franceses. Porque ese hombre joven, de alrededor de los cuarenta años, de oscuro pelo ensortijado, de mejillas sumamente pálidas, barbita en punta y mirada entre melancólica y vacía estaba vestido de los pies a la cabeza como un figurín francés. Vi que también Holmes estaba suspenso y con un aire de sorpresa. Pero el Coronel pronto nos explicó las razones de ese original cónclave.

—Tomen asiento, por favor, caballeros. Los he citado, mis queridos Holmes y Watson, por un asunto tan importante, tan crucial diría, que me atrevo a afirmar que puede afectar la estabilidad y el orden del Imperio Británico. Es así, en efecto, no se sorprendan. Créanme —nos dijo mirándonos casi con reproche. Porque el preocupado Coronel en nuestro asombro había pretendido captar incredulidad.

—Ustedes habrán leído hace un tiempo en los periódicos —prosiguió— sobre la aparición en nuestro país de dinero falso. Al principio eran pequeñas cantidades y no les dimos demasiada importancia. Pensábamos que eran obra de algunos bromistas o de aventureros de poca monta, y que el asunto pronto pasaría. Pero siguió, y agravado. Las cantidades, los lugares y la denominación del dinero crecieron tanto que el Lord del Exchequer aquí presente vino a verme para manifestar su preocupación por ese embrollo que amenazaba, como les dije, con socavar las bases de nuestro sistema financiero y comercial, que es decir la grandeza y el poder de Inglaterra. Porque ustedes saben, mis amigos, que en los tiempos que corren la fortaleza de las naciones ya no reside en las armas ni en las naves: ellas son sólo las apariencias, las máscaras del poder. La verdadera fuerza de una nación consiste en su estructura económica, y el esqueleto y la sangre de esa estructura es la moneda, el valor de su moneda. Y lo que ahora estamos viviendo es un ataque con artillería pesada al corazón de nuestro Imperio. Pero antes de proseguir, señores, quisiera cederle la palabra a Lord Andrew.

Los términos admonitorios y las apocalípticas invocaciones del Coronel me sumieron en la perplejidad; parecía casi increíble que esa cosa tan mustia y, en varios sentidos, tan distante, el dinero, los billetes contantes aunque no sonantes, fuera tan poderosa y, al mismo tiempo, tan vulnerable.

Resultaba clara, ahora, la razón de la presencia del antiguo Lord. Este se atusó una de sus largas patillas plateadas, carraspeó, se levantó de su asiento y mientras se apoyaba sobre una y otra pierna, habló con voz potente.

—Este es el caso, mis amables caballeros. Falsificación de dinero. Pero quiero hacerles una advertencia: una cosa son las operaciones a pequeña escala, obra de individuos aislados o pequeñas organizaciones, que siempre tienen escaso efecto y generalmente corta vida. Otra cosa, distinta, es cuando detrás de la maniobra hay un gobierno hostil o, lo que es lo mismo, grandes organizaciones hostiles: en este caso ya no se pretende engañar a un pequeño comerciante pasándole una o dos libras tramposas, sino que el objetivo es atacar a la estabilidad de toda una nación. Estos manejos a gran escala no son nuevos en el mundo ni, lamentablemente, en la Gran Bretaña: hubo dos anteriores, ambos felizmente abortados. El primero fue obra de la perversidad francesa, lo que, obviamente,

¹ El Lord del Exchequer es el ministro de Economía en la Gran Bretaña. (Nota del traductor).

no constituye una novedad para nosotros: Napoleón, de infeliz memoria, antes de invadirnos pensaba desmembrarnos suscitando el desorden y el caos; para ello en una imprenta de Lyon ordenó imprimir millares de libras esterlinas de baja denominación con las que iba a inundar nuestro mercado, pero la maniobra fue abortada gracias a un agente del duque de Wellington infiltrado entre los francos. El segundo intento, sumamente curioso por sus motivaciones que eran mitad filosóficas y mitad políticas, fue la obra de dos refugiados alemanes en nuestra patria, ambos judíos y ambos alemanes, y que para muchos eran unos fanáticos casi inofensivos, pero sumamente empeñosos en sus alocadas ideas: Engels, un empresario textil, y Marx, sin oficio conocido, lograron convencer a unos operarios gráficos de su amistad de imprimir un centenar de planchas. Pero también fueron descubiertos. El propio Marx fue sorprendido ante una denuncia de su casera a quien había intentado pagar la renta con billetes falsos.

—Pero la maniobra actual, el tercer intento —continúo el Lord— es mucho más serio, considerablemente más serio que los dos anteriores. En principio, la calidad de las copias es sorprendentemente fiel al original y, sobre todo, la cantidad lanzada es pasmosa.

—Si me permite, mi Lord —lo interrumpí. ¿Por qué, sin embargo, las noticias sobre el caso han mermado últimamente en la prensa?

—A eso iba, precisamente. Cuando advertimos las dimensiones casi de catástrofe que iba tomando el asunto, con el jefe de Scotland Yard acordamos hablar con los propietarios de los periódicos para pedirles su contribución en aquietar los ánimos. Les solicitamos que no publicaran nuevas informaciones sobre el tema, ya que estaba en ciernes la amenaza de una corrida bancaria; el *Times*, por supuesto, entró en razón de inmediato, los otros diarios tardaron un tiempo, pero al final también silenciaron el asunto.

Holmes había estado escuchando con rostro casi ausente las peroratas, pero yo advertía que la manera nerviosa e insistente de girar la pipa en sus manos era señal inequívoca de una ebullición interior. Por fin, levantando una mano, habló.

—Que los periódicos enmudecieran como por encanto tornó evidente para cualquiera —y que me disculpe mi amigo Watson— la existencia de una orden superior de que callaran. Tal vez haya sido una buena orden, no lo sé, pero de todos modos el silenciar un problema no lo elimina. Lo que importa, al margen de las lecciones de economía política que nos han dado —y que resultan, perdonen ustedes, archiconocidas— es saber qué progresos ha habido en la investigación, qué datos reveladores existen, qué pista por mínima que sea. No me interesan las teorías sino las evidencias.

La áspera intervención de Holmes sonó como un reproche en los oídos del Coronel. Su rostro se conturbó, enrojeció y parecía que iba a estallar, pero se contuvo, y en tono forzosamente calmo señaló algunos hechos.

—Señor Holmes, sabe de sobra que si el asunto fuera sencillo jamás lo habríamos llamado. Pero estamos literalmente confundidos, los datos son escasos y las pistas casi inexistentes. Salvo un hecho al que ahora nos aferramos, y que es el motivo por el que lo convocamos.

Casi no pude contener un suspiro de alivio; entonces, no todo era tinieblas, había, al menos, el atisbo de una huella.

—Hay casi una evidencia: el dinero no es impreso en Inglaterra. Hemos realizado centenares de procedimientos en imprentas y linotipias, hemos consultado a todos nuestros informantes y la conclusión es siempre la misma: no es impreso aquí. ¿Pero dónde? nos preguntábamos. Un esbozo de respuesta nos llegó ayer —lo expresó mirando al diplomático sudamericano—.

El aludido se acomodó nerviosamente en su asiento y dirigió a los presentes un esbozo de sonrisa cándida y helada. Se veía que estaba incómodo en ese ambiente tan distinto al de las recepciones elegantes.

—Anteayer, señores, —continúo el Coronel— a la sede central de la British Railway Consolidated, en Park Lane, llegó el envío identificado como AF 354 de su filial en Argentina, el Central

Argentino Inc., una de las dos empresas ferroviarias que posee en ese país, consistente en 220.000 libras. Una proporción significativa de ellas eran falsas y con una similitud sorprendente con las que actualmente circulan por aquí. Cuando nos enteramos pedimos ver, si era posible, algunos billetes de anteriores envíos de esa filial sudamericana. Por suerte, quedaban algunos. Muchos eran falsos.

Holmes que había permanecido en silencio, con la cabeza gacha, pareció revivir.

—¡Qué extraordinario, señores! Una maniobra perfecta. El centro de falsificación a veinte mil kilómetros de las islas y con una insospechable e incauta distribuidora en Londres. Una verdadera obra de arte del delito. Si no supiera que él no está en Inglaterra, diría que es obra de ese genio del mal que es el profesor Moriarty, pero habrá que ver... Lo que no logro entender, Coronel, cuál es la danza que puedo bailar yo desde aquí, desde tan lejos del escenario del delito. ¿Para qué nos ha llamado? ¿Acaso piensa... —se interrumpió ante una preocupante luz que comenzó a formarse en su mente.

—Usted lo está vislumbrando, estimado Holmes. Los he convocado, a usted y al doctor Watson, para formalmente solicitarles en nombre de la Corona, cuyos reclamos estoy seguro no dejarán de escuchar, que se trasladen a ese lejano pero, supongo, interesante país, y descubran y terminen con ese hato de bandidos que está amenazando la seguridad y prosperidad del Imperio. No le pediríamos semejante cosa si no estuvieran en juego realmente tantos bienes superiores. El señor Embajador de la India, perdón, de Argentina, aquí presente, nos ha prometido la total buena voluntad y colaboración de su gobierno para todo lo que sea necesario, Holmes. No deseo que nos dé su respuesta ahora; quisiéramos que usted y Watson la mediten y que, dentro de lo posible, nos la comuniquen cuanto antes.

El requerimiento era tan impensable, tan fuera de toda previsión que nos quedamos de un punto. Rechazamos cortésmente el ofrecimiento de un carruaje para regresar a nuestra casa: prefería Holmes caminar hasta Baker Street para que el aire de la noche, que ya se había tornado fresco, aquietara en algo el torbellino de ideas en que lo habían sumido las palabras escuchadas. Todo el trayecto permaneció en silencio, adentrado en hondas cavilaciones.

Cuando llegamos, él ingresó en su cuarto y al poco rato salió enfundado en su bata fumadora; se dirigió a la chimenea, tomó el violín que siempre permanecía encima de ella, y comenzó a ejecutar la Partita en Si Menor de Bach. Cuando concluyó, encendió ceremoniosamente una pipa y, mirándome, me dijo:

—Aquí estamos, Watson. Al frente de una verdadera aventura estimulante que hace tiempo que nos falta, pero cuya prosecución exigiría que nos traslademos hacia los confines de la tierra. Esto me preocupa y lo he meditado suficientemente. He evaluado la posibilidad de permanecer en Inglaterra y mover los hilos desde aquí, pero no resulta una alternativa satisfactoria. ¿Estaría dispuesto a acompañarme hasta allá?

Como lo saben los pacientes lectores de estas notas sobre las diversas aventuras que vivimos con mi amigo, no soy precisamente una persona que haya evitado los viajes a regiones extremas, por lejanas que ellas sean. Apenas graduado me incorporé como médico a la Royal Army, lo que me llevó a permanecer una larga temporada en la India y Afganistán, y esa estadía, no obstante sus inconvenientes, fue una escuela de sabiduría, de hondas experiencias y de temple para mi espíritu. Pero eso aconteció en mis, ya lejanos, años mozos. El tiempo no había pasado en vano, y ya no me sentía en condiciones de emprender una travesía tan difícil, y así se lo hice saber a Holmes.

Pero su poder argumentativo, que se extendió hasta que las primeras luces del alba comenzaron a asomar, finalmente, como otras tantas veces, torció mi decisión, y me dispuse a acompañarlo.

A la mañana siguiente, luego de comunicarle nuestra aceptación al Coronel, comenzaron los preparativos del viaje. Para mí consistieron en lecturas en el British Museum de cuanto libro estuviese referido a las características sanitarias, geográficas e históricas de ese lejano país. Para

Holmes, en cambio, estuvieron centrados en el conocimiento de relatos de viajeros, expedicionarios o científicos que hubiesen merodeado por la Argentina. Quiso también disponer de testimonios directos de algunas pocas personas que habían vivido en ese país. Al respecto hizo un viaje a los Midlands para interrogar a un ornitólogo escocés aficionado que había escrito varios libros sobre su infancia en la Argentina, uno de los cuales, *Iddles days in Patagonia*, le había impresionado.

Finalmente, a principios de Julio, zarpamos de Portsmouth en *The Verbatim*, una esbelta goleta que transportaba hacia Argentina máquinas de coser y refrigeradores domésticos, amén de pasajeros, y que iba a recoger las prestigiosas carnes de ese país; el capitán, un gentil marino que había participado en la guerra anglo-boer, nos colmaba de atenciones y nos invitaba a su mesa todos los días, pero Holmes exhibiendo su espíritu antisocial, durante todo el viaje permaneció enclaustrado en su cabina.

A comienzos de agosto llegamos a Buenos Aires. Era una fría mañana y en el muelle nos esperaba un bisonño empleado de la embajada. Lawrence Durrell era su nombre, y nos condujo hacia un hotel céntrico. Recuerdo que el aspecto de la ciudad me resultó, extrañamente, casi familiar. El joven empleado nos dijo que esa tarde había una recepción en la Embajada a la que estábamos invitados, y que luego de ella nos recibiría el embajador.

Cuando llegamos la reunión estaba en su máximo esplendor y nuestro arribo pasó desapercibido, salvo para un hombre joven enfundado en un saco de tweed que no sin cierta indecisión se acercó hacia nosotros. Casi trémulo se paró frente a Holmes y extendiéndole la mano se presentó.

—Mucho gusto señores, mi nombre es Jorge Borges Acevedo— Y luego dirigiéndose a mí agregó:

—Es igual a como usted lo describe. He leído varios libros de sus aventuras. Me gustó, especialmente, *A Study in Scarlet*.

Se expresaba en un inglés moderadamente correcto, y me sorprendió que hubiera por esas tierras vírgenes un lector de nuestras peripecias; cuando le pregunté como había llegado a conocerlas respondió, haciéndole un guiño de complicidad a Holmes, "Mi abuela es inglesa". Pero él no se dignó responderle.

Luego se acercó Durrell y nos dijo que el embajador nos esperaba. Pasamos a un amplio despacho donde estaba el embajador, mister Percy Bishop, acompañado de dos personajes. Uno de ellos, Edward Tools, era el agregado de seguridad de la embajada y el otro, un hombre alto y con mostachos, que era el director de la filial argentina de la British Railway, se llamaba Archibald Tippit. Luego de las presentaciones y las cortesías de rigor tomó la palabra Tools.

—Tenemos fundadas razones para suponer que una parte significativa, sino la más importante, de la organización de falsificadores se encuentra radicada en este país. Hay varios motivos para creerlo así, siendo el principal el envío de fondos de los ferrocarriles que ustedes ya conocen. ¿No es así Tippit?

—Tal cual —respondió el aludido—. Nuestras recaudaciones por la venta de pasajes y de cargas, antes de ser giradas a Inglaterra las convertimos en valores de pago, pero siempre hay una proporción, alrededor del treinta por ciento, que la enviamos en efectivo. Porque en este país, como en muchos otros donde hay inversiones británicas, aunque les pueda resultar sorprendente, hay una significativa circulación de libras, que es una moneda de mucha aceptación en las grandes transacciones. Las empresas principales y los bancos siempre tienen una fuerte disponibilidad de libras esterlinas.

—¡Al grano, al grano! —intervino Holmes— Cifémonos a las evidencias. No vinimos a este país para escuchar conferencias, para eso nos hubiéramos quedado en Inglaterra. ¿No hay, por todos los cielos, algún dato concreto que puedan mencionar?

—Hay uno —respondió Tools—. Y parece revelador. Una parte sustantiva de los billetes del famoso envío a Inglaterra, el AF 354, llegó a las oficinas centrales en Buenos Aires desde la oficina de Santiago del Estero, una ciudad situada unas setecientas millas al norte.

—No hay nada más que decir, intervino Holmes, partiremos de inmediato hacia esa ciudad.

II

Prontamente se organizaron los preparativos para el viaje. Cinco días después de nuestro arribo a Buenos Aires, un lluvioso atardecer tomamos un tren en la estación de Retiro. Nos habían reservado en el *Estrella del Norte* un compartimento con dos literas, una encima de la otra; estaba seguro que me tocaría dormir en la superior, pero por lo demás el vagón era cómodo y bien cuidado, muy similar a los que circulaban por Inglaterra. Luego de que Holmes hubiera inspeccionado con curiosidad casi infantil todos los rincones del pequeño recinto que por una noche sería nuestro dormitorio y de acomodar nuestros bártulos, nos dirigimos al coche comedor a tomar unas bebidas. Holmes permaneció largo rato en silencio contemplando por las ventanillas el panorama casi infinito de pampas y praderas que se sucedían incesantemente, casi sin árboles y con pequeñas multitudes aisladas de vacunos.

—Mire ese océano de tierras fértiles —me dijo. Sin duda este país es una inmensa promesa. Quién sabe qué le tendrá deparado el destino...

Volvimos a nuestro vagón y nos dispusimos a descansar hasta la hora de la cena. Yo subí a mi litera y Holmes quedó en la suya repasando su ya ajado volumen de gramática española. Luego salió, y regresó cerca de dos horas después con el rostro iluminado.

—Ahora ya me siento, por fin, en América —me dijo—. Mas precisamente en la América española.

—¿Cómo es eso?

—Claro, estimado amigo. Hasta ahora habíamos estado en los salones de la embajada, con funcionarios, o en un hotel céntrico de Buenos Aires. Acabo de recorrer el tren. Para conocer un país hay que visitar sus mercados, como usted sabe. Y también las secciones populares de los trenes: he visto esos rostros morenos, he respirado el aroma de sus comidas, he escuchado el rumor de sus conversaciones y su música.

Al anoecer o, mas precisamente, bien entrada la noche, nos dirigimos a tomar la cena en el bien surtido coche comedor del *Estrella Norte*. Los argentinos tienen la sorprendente costumbre de comer alrededor de las diez de la noche, y no menos extraño resulta que a esas horas tan tardías el menú sea tan copioso como en el almuerzo, con los infaltables e impresionantes solomillos de buey que ellos denominan *bifes de chorizo*² y con una interesante provisión de vinos tintos como sólo es posible encontrar en Francia o en Italia. Había uno de precio muy módico que le gustó a Holmes, y no puedo negar que a mí también, aunque un poco menos que a mi amigo, quien hacia los postres pidió una segunda botella al camarero.

Concluida la cena, me costó algo de esfuerzo convencer a Holmes de que nos retiráramos a nuestro compartimento.

Finalmente regresamos y comenzamos a prepararnos para dormir. Holmes escogió la litera alta, no por deferencia hacia mí, sino, quizás, por su espíritu curioso y aventurero. El traqueteo del tren era como un arrullo intenso, y pronto me dormí. Hacia el amanecer sentí con sorpresa y cierta incomodidad que el recinto se llenaba de polvo que penetraba por los intersticios de la ventana. Cuando desperté el sol ya estaba alto, y Holmes leía concentrado uno de los libros —en este caso de historia— que le habían proporcionado en la biblioteca de la Embajada.

²En español en el original (N. del T.)

Luego de las consabidas abluciones matutinas fuimos al coche comedor y nos instalamos frente a dos humeantes tazones de café con leche. Él, mirando por la ventanilla, murmuró ensimismado:

—"Santiago del Estero". Extrañas resonancias la de este nombre ¿no es así, Watson? Aunque la palabra "Santiago" es, claro, española, también posee reminiscencias shakespearianas. Yago, el intrigante que pierde a Otelo. Extraño que lo hayan santificado, San Yago...

Permaneció en silencio unos instantes, y luego continuó.

—¿Sabía usted, Watson, que la ciudad a donde vamos es la más antigua de este país?

Frente a la ventanilla desfilaron durante varias horas paisajes de vegetación rala que a mí me recordaban ciertas zonas de la India que tan bien conocía. El camarero se acercó y nos anunció que estábamos próximos a llegar a una estación, La Banda, donde debíamos bajar para tomar un corto desvío hacia nuestro destino. Así lo hicimos, y luego de que el tren atravesara un río, finalmente llegamos a Santiago del Estero.

Los andenes de la estación estaban colmados, y entre la multitud de curiosos y vendedores se abrió paso un hombre joven, cetrino, de baja estatura y con rostro de ave nocturna, quien con palabras ceremoniosas y moduladas se dirigió hacia nosotros.

—Caballeros, los estaba esperando —dijo, mientras nos extendía una mano—. Mi nombre es Bernardo Canal Feijóo y soy representante en esta ciudad del estudio de los doctores Rodríguez Jurado de Buenos Aires, que son los mandantes legales de varias compañías inglesas, entre ellas la empresa que posee el ferrocarril en el que ustedes vinieron. Estoy a su disposición para cumplir con vuestros deseos. Pero antes permitan que me haga cargo de sus maletas.

Con una mirada, hizo que se acercara un nativo fornido y oscuro que hacia las veces de mozo de cordel y respondía al nombre de Leguizamón, quien cargó nuestras vituallas.

A la salida de la Estación nos dirigimos hacia una fila de vehículos muy similares a los coches de punto de Trafalgar Square, que allá era llamados tanto "victorias" como "mateos". Abordamos uno de ellos, y enfilamos por la calle Perú, flanqueada de árboles y con un adoquinado nuevo aunque algo desparejo, sobre el que resonaban los cloqueantes cascos del caballo. Al llegar al 280 de esa calle nuestro acompañante saludó a un hombre que nos miró pasar desde el balcón de un recinto que se vislumbraba colmado de libros.

—Les he reservado alojamiento en el Hotel Savoy. Espero que se sientan cómodos, es el mejor de la ciudad, además es muy céntrico. Pueden almorzar y cenar en él. Descansen hoy del largo viaje, y mañana podrán dar comienzo a vuestra misión.

Llegamos a un edificio de estilo francés que se veía recién construido, y luego de los trámites de rigor, un ascensor nos llevó hasta nuestras habitaciones en el tercer piso. Después de desempacar me dirigí hacia la habitación de Holmes. Él estaba acodado al balcón mirando el panorama de la ciudad y me acerqué a su lado. Santiago del Estero se extendía a nuestros pies; era una ciudad baja, como no las hay en Inglaterra ni tampoco en el continente, pero que son típicas en la América española. Él escudriñó en varias direcciones y luego dijo:

—¡Qué extraña esta situación, Watson! Uno mira esta ciudad tan plácida y no es imaginable suponer que desde ella pueda provenir una amenaza tan grande para Inglaterra. Londres y esta ciudad son tan distintas y tan lejanas, y sin embargo ahora hay una extraña y ominosa vinculación entre ellas, que debemos develar y desarticular. ¿Pero por dónde empezar? Si en este lugar está la sede de la banda de falsificadores, esperemos que pronto podamos toparnos con alguno de ellos.

Unos golpes en la puerta interrumpieron las cavilaciones de mi amigo. Era un empleado del Hotel que traía un mensaje.

—Una persona quiere verlo y me pidió que le entregara esta tarjeta —dijo dirigiéndose a Holmes.

Él la leyó y luego me la pasó. Ella decía: *Juan Manuel Aragón (hijo), cronista de la sección policial del Nuevo Diario.*

—Ni siquiera en esta ciudad podemos librarnos de los reporteros —exclamó mirándome—. Por favor, dígle a ese señor que no tengo nada que decirle...

—...por el momento —agregué yo, con la esperanza que pronto tuviéramos buenas noticias que comunicar.

Pero el primer día en Santiago del Estero transcurrió sin mayores novedades, ya que luego del almuerzo Holmes se encerró en su habitación y no salió más de ella. Recién a la mañana siguiente me buscó para compartir el desayuno.

—¿Cuál es su plan, Holmes. Por dónde cree que debemos comenzar?

—Tenemos varios caminos posibles, algunas personas a las que debemos hacer ciertas preguntas. Ayer estuve reflexionando, y pienso que lo esencial es que, en todos los casos, procedamos con extrema cautela. La visita de ese reportero me ha inquietado, porque significa que nuestra presencia aquí, lamentablemente, ha trascendido, y, en consecuencia, nuestros enemigos están sobre aviso y se cuidarán de dar un paso en falso. Pero dejémonos de prolegómenos. Salgamos y procedamos, tenemos varias cosas que hacer —dijo, mientras me invitaba a acompañarlo—. Pero antes debemos pasar por el Banco a recoger nuestros fondos que espero hayan llegado desde Inglaterra.

Al llegar al Banco nos hicieron pasar a la oficina de su presidente. Era un amplio salón, fina y confortablemente amoblado; en unas butacas se encontraban sentados dos caballeros que se levantaron a saludarnos. Uno, a quien llamaban don Luis Suárez, un hombre de edad mayor, de cabello y elegantes bigotes blancos, era el presidente del *Banco de Comercio y Fomento Industrial*; el otro, joven y de calvicie incipiente, llevaba en su rostro los colores de quienes saben disfrutar de los placeres de la vida, y nos fue presentado como el doctor Mariano Paz, abogado del Banco.

—Antes de hablar de las serias circunstancias que sabemos los traen por aquí, permítanme invitarles para alguna de estas noches a una reunión cultural y musical en *La Brasa* —dijo sonriente el doctor Paz.

Holmes agradeció el convite y luego explicó en pocas y cuidadas palabras las razones de nuestra presencia en Santiago del Estero, solicitando la mayor reserva sobre ellas.

Cuando salimos del Banco, luego de retirar nuestros fondos que habían llegado el día anterior, Holmes se disculpó y me dijo que no lo esperara a almorzar, ya que debía hacer algunas averiguaciones que no sabía cuanto tiempo le insumirían.

Poco vi a mi amigo en los días sucesivos. Desayunábamos juntos, y luego partía para regresar recién al anochecer. Lo que me incomodaba era que no sólo no consentía en que lo acompañara, sino que no me proporcionaba ningún detalle de sus afanes.

Una tarde pasó a buscarnos el abogado que habíamos conocido en el Banco, para llevarnos a una velada de *La Brasa*, una suerte de sociedad artística y cultural, que se realizaba en la Biblioteca Sarmiento. Cuando llegamos, ya había una rumorosa multitud que conversaba acaloradamente, formando corrillos por todo el amplio salón. Canal Feijóo se acercó a saludarnos, acompañado de Mariano Paz.

—Es un honor para nosotros que nos acompañen. Podrán comprobar ustedes que en esta pequeña ciudad también soplan los vientos de la cultura. Esta noche tendremos el privilegio de escuchar al Conde de Keyserling, quien disertará sobre *La nueva espiritualidad*.

Luego de departir un tiempo con los numerosos contertulios que nos presentaron, por una amplia escalera de mármol ascendimos hacia la sala donde disertaría el conferenciante. Nos instalamos, y a los pocos instantes, por un costado del escenario asomó Canal Feijóo acompañado de un pálido regordete de aspecto pacífico, que lucía una larga barbita caprina. De un modo encomiástico —que bordeaba el ditirambo, según Holmes—, Canal presentó al intelectual germano.

El Conde, cuando comenzó a hablar, alteró su inicial apariencia tranquila, y se transfiguró en una especie de iluminado. Su voz resonaba potente y conmovida, mientras pronunciaba, casi como una oración, lo que me pareció un discurso apologético sobre la irracionalidad. Me impresionó que dijera que la última edad de oro de la humanidad había sido la Edad Media. Pero, en verdad, más que sus conceptos, lo que me incomodaba era su tono descontrolado, el aire de desmesura de su voz. Es cierto que suele ser común en los ciudadanos alemanes cierto apasionamiento desmedido por las ideas, pero en este caso se superaban todos los límites.

En un momento de su acalorada argumentación la emprendió contra lo que él consideraba los ejemplos supremos de naciones antiespirituales: los Estados Unidos de América e Inglaterra. De soslayo miré a Holmes, vi que sus facciones se contraían, y por un instante temí alguna reacción de su parte, pero nada pasó. En ese instante, al menos.

Pero cuando a los pocos momentos el Conde volvió a referirse ácidamente a la Gran Bretaña, Holmes se levantó como un resorte. Los rostros se volvieron sorprendidos hacia él. Y ante el estupor de la sala, mientras se acercaba amenazadoramente hacia el prosenio, interrumpió al conferenciante, diciendo:

—Basta, señor, estamos hartos de sus aullidos germánicos. Si vuelve a pronunciar otra agresión contra Inglaterra le aseguro que se arrepentirá.

Rápidamente intervinieron varias personas para calmar a mi amigo, quien volvió a sentarse a mi lado. El conferencista retomó su discurso en el que no volvió a asomar ninguna referencia a nuestra nación.

Cuando ya nos retirábamos, se acercó Paz quien nos dijo:

—Los invito a mi casa donde nos reuniremos un grupo de amigos para pasar un momento agradable. Si están de acuerdo partimos ahora mismo.

—Le agradecemos, pero no sé si será conveniente. —dijo Holmes.

—¿Por qué? Si es por lo que pasó con el Conde no se preocupen, a mí también me resulta insoportable, pero es una de esas visitas excéntricas a las que ya estamos acostumbrados, y que nos envía periódicamente Victoria Ocampo a través de Canal Feijóo.

En la casa de nuestro anfitrión, a quien todos llamaban *Nano*, pasamos una agradable velada que se extendió hasta la madrugada. Reinaba un clima festivo mientras circulaban sin pausa los manjares del lugar y una excelente provisión de bebidas. Nos presentaron una sorprendente colección de personajes que daban la idea de que entre los contertulios de *La Brasa* se podía encontrar, además de los sectores acomodados de la ciudad, tanto a representantes de la cultura cosmopolita, como el ya mencionado Conde o un par de hermanos arqueólogos franceses, cuanto a músicos populares como los guitarristas Cachilo Díaz y Yupanqui. En cierto momento se acercaron Canal Feijóo y el dueño de casa para invitarnos a retirarnos hacia una sala aislada para —dijeron— conversar más privadamente. Una vez que nos instalamos y que fue servido con harta generosidad un whisky que no esperábamos encontrar por esos lugares, Canal inquirió:

—Díganos, mister Holmes, cuál es la impresión que le ha causado nuestra ciudad, nuestra gente.

—Se lo diré brevemente. Me impresionan tres cosas: la aridez, el calor, el salitre. La presencia aplastante de condiciones naturales desfavorables que ustedes no han sabido vencer. Otros pueblos del mundo lograron dominar la geografía superponiéndole una *cultura*. La humedad extrema, las lluvias, el frío intenso, el calor desmedido, el desierto, la desolación, han sido obstáculos y desafíos que muchos hombres, muchos pueblos lograron superar. Pero aquí, pareciera, el clima y el paisaje se ha impuesto sobre los hombres.

—Es por lo menos injusto en sus apreciaciones —protestó, incómodo, Canal.

—Me pidió una opinión y se la doy —respondió Holmes. Además, prosiguió, eso se lo advierte a simple vista recorriendo la ciudad. El hombre está ausente o, más precisamente, vencido: en el viejo conflicto entre la naturaleza y la cultura, en Santiago del Estero ha triunfado la naturaleza. Si hubiese vencido la cultura, la ciudad estaría arbolada y las calles no estarían llenas de basura.

—Hay algo de razón en lo que usted dice —concedió Canal— pero sigue siendo injusto.

Al advertir el carácter que iba adquiriendo el diálogo, tanto yo, como Paz, con ánimo contemporizador desviamos la plática hacia tópicos más amables, y luego propusimos regresar hasta el salón principal. Así lo hicimos, y luego de permanecer unos instantes entre el animado gentío, nos retiramos.

A la mañana siguiente en el Savoy, me señaló Holmes:

—Tenga paciencia, Watson. Ahora debemos esperar que nuestros enemigos cometan un error, mientras tanto tratemos de pasarla lo mejor posible. He tomado boletos para esta noche en la ópera; en el Teatro 25 de Mayo representan *La Bohème* —me dijo mostrándome dos billetes.

III

Pero los días transcurrían sin novedades y ya comenzaba a impacientarme, añorando mi casa, las cenas con los amigos en el club, las caminatas matinales por Covent Garden, los domingos en Hyde Park, las visitas al British Museum... Añoraba esa placidez, el confort cultural de la civilización, aunque también (sobre todo) extrañaba el tráfico y el abigarramiento de multitudes de Londres. Pero Holmes, con su gran poder de adaptación, que en el fondo era una manifestación de su talante de distanciamiento, de hombre ajeno a las ataduras, se estaba acostumbrando a vivir en esa lejana ciudad como si hubiera nacido en ella: un día, con preocupación, advertí que él había ido transformando las habitaciones en las que residíamos en el Hotel Savoy en una réplica de nuestros aposentos en Baker Street.

Una tarde, en la que estábamos en Plaza Libertad conversando y haciendo tiempo hasta la hora de la cena, se acercó un pequeño granuja de rostro moreno de hasta seis años y, quitándose la gorra que tenía enfundada casi hasta los ojos, nos saludó. Dirigiéndose a Holmes le dijo: "Un mensaje para usted, señor". Este tomó el papel, lo leyó y empalideció; luego lo guardó en un bolsillo, y dirigiéndose al niño lo despidió:

—Está bien, *kid*, gracias por traerme el mensaje.

—De nada, señor, pero mi nombre no es *kid*, me llamo Carlos Juárez.

El mensaje que entregó el niño decía: "*Tenemos algo que usted valora y necesita. Si le interesa, espérenos esta noche a las 9 junto a la estatua del Otoño en el parque Aguirre*". Al principio dudó sobre la naturaleza del ofrecimiento, pero luego la intriga y, sobre todo, la ansiedad, lo llevaron a acudir a la extraña cita.

Era una fría y ventosa noche del mes de Agosto. El parque estaba desierto. De entre las sombras se acercaron dos hombres, uno delgado y el otro ancho y fornido, ambos con gabardinas. El hombre flaco habló:

—Mister Holmes, somos admiradores suyos y quisiéramos testimoniarle nuestro reconocimiento. Yo soy Fioramonti, para servirle. Mi amigo es Small. Sabemos muchas cosas sobre usted... Que le gusta la botánica, la filosofía estoica, la música, y que interpreta muy bien el violín. Además, sabemos que cuando está aburrido, en fin, cuando las horas transcurren sin plantear estímulos a su mente, le gusta —como a tantos grandes hombres— aceptar la pequeña ayuda que brinda el destilado de una planta americana.

Holmes era un hombre curtido en mil y una peripecias extraordinarias, sus aventuras lo habían llevado a los escenarios y las situaciones más sorprendentes. Y si bien siempre miraba las cosas con un gran interés —interés que no estaba exento de cierto desencanto— ya casi nada lo asombraba. Por eso, le impresionó lo que le dijo el hombre. *¿Cómo era posible que supieran de su adicción?*, pensó. Ya lo averiguaría. Se recompuso, y dijo:

—Señores, ¿a qué debo el honor? ¿Qué me proponen?

—Tan sólo que nos acompañe, para que le entreguemos nuestro obsequio. Se imaginará que no lo trajimos con nosotros. Además, la persona que nos envió, desea conocerlo.

Si bien toda la situación tenía el aspecto y el sabor de algo poco natural, Holmes decidió acompañarles, un poco por su decisión de explorar todas las posibilidades y algo también por cierta inquietud que le despertaba el hecho de que sus provisiones de cocaína se le estuvieran agotando.

Luego de una caminata a paso vivo de unos quince minutos se detuvieron frente a un edificio de dos plantas. En la de abajo, un cartel anunciaba: *Farmacia LA VERDE PATRIA*. Por una puerta al costado ascendieron hacia el piso superior, donde un hombre rubicundo de unos cincuenta años, enfundado en una bata blanca, les salió al encuentro invitándoles a pasar. Se instalaron en una sala acogedora, con maderas y cortinados, algunos cuadros con motivos rurales de Gómez Cornet semejantes a los que se exhibían en otras casas de la ciudad, y —lo que intrigó a Holmes— en un rincón se exhibía una bandera de los separatistas irlandeses y una efigie de San Patricio.

—Qué placer tenerlo con nosotros, señor Holmes. Mi nombre es Sofanor O'Lery, como lo podrá ver soy farmacéutico, y tenía muchos deseos de conocerlo. Platiquemos, pero antes permítame ofrecerle un trago.

Apareció una sirvienta aindiada, que sirvió en unas pequeñas copitas el licor que contenía una botella de greda de *Ginebra Bols*.

—Quizás se sorprenda que conozca y comparta sus gustos, —continúo O'Lery— especialmente su fuerte apego a las propiedades de ensoñamiento que suscita el destilado de las hojas de coca. Yo también uso una solución al siete por ciento, es la recomendable...

Sorprendido, Holmes escuchaba las palabras de O' Lery a veces próximas, a veces distantes. La voz y el rostro del farmacéutico se agrandaba y se empequeñecía. Pero cuando comprendió lo que pasaba, el somnífero colocado en la copa de ginebra terminó de surtir efecto y Holmes se desplomó.

Cuando al día siguiente despertó, sintió un agudo dolor en el cuerpo. Había estado largas horas con las manos amarradas a su espalda. Alrededor del mediodía entró en la pequeña habitación el farmacéutico, su rostro ya no era plácido y condescendiente, sino duro y lleno de odio.

—¡Así te quería ver a vos! Ya vas a ver lo que te espera, maula.

Era sorprendente el cambio de lenguaje.

—Prepárate, gringo de mierda, para esta noche —agregó amenazante.

El áspero rencor mostrado por el farmacéutico permitió a Holmes terminar de comprender el sentido y los propósitos de la conspiración. Los falsificadores estaban dispuestos a todo y no vacilarían en eliminarlo. Holmes permaneció largas horas imaginando perspectivas de fuga, pero fue desechando con escepticismo todas las posibilidades. Como nunca, se sentía inerte.

Pero en la tarde sintió unos apagados roces en la puerta, y ésta finalmente se abrió. Asomó una figura que se deslizó silenciosamente. Era Small, uno de los hombres de la noche anterior en el encuentro del parque.

—No hay tiempo que perder, mister Holmes. Usted es prisionero de la banda de falsificadores. El jefe es O'Lery, pero no sé nada más. Él sabe a qué vino usted y lo pensaban matar esta noche. Dejaré la puerta abierta; en unos cinco minutos, salga usted, vaya a la derecha, al fondo hay una huerta, salte la tapia y póngase a salvo. Y no confíe en la policía santiagueña.

—¡Un momento! ¿Por qué debo creerle, porqué me ayuda usted?

—Porque aunque vivo en esta ciudad de mierda mi padre era inglés, y yo me siento un súbdito británico.

Holmes salió de su incómoda celda y estaba en la huerta casi vacilando ante la imponente de la "tapia", que en verdad tenía casi las dimensiones de la torre de Londres, cuando la presencia amenazante y rugiente de un descomunal perro jardinero lo transformaron en un ágil escalador.

Una vez libre, empezó a correr y llegó como una exhalación al hotel, y me pidió que lo acompañara hasta el bufete de Canal Feijóo.

Cuando llegamos, le explicó rápidamente los sorprendentes acontecimientos sucedidos y le planteó una petición:

—Quiero que me consiga el listado de todas las personas que trabajan en el ferrocarril y las funciones de cada una de ellas.

Cuando al cabo de un tiempo regresó el abogado con la lista, Holmes la estudió unos minutos. Luego le dijo:

—Doctor Canal Feijóo, ¿en qué autoridad de seguridad podemos confiar para realizar una detención?

—Soy amigo del jefe de policía.

—No. Creo que la policía provincial no es confiable.

—Ah, déjeme pensar, —dijo Canal. A ver..., ah, sí. Hay un joven teniente del Regimiento 18 de Infantería, Pedro Eugenio Aramburu, es el hombre indicado. Vamos a verlo.

En el regimiento Holmes explicó la situación a Aramburu y éste la captó de inmediato. Se encaminó con una partida a detener, por indicación de Holmes, a un empleado ferroviario llamado Jorge O'Mill. Cuando regresó con el prisionero, éste, deshaciéndose en lamentos, confesó todo.

—Ya tenemos las pruebas —dijo Holmes—. Teniente, detenga a O' Lery, es el jefe de los falsificadores.

El final de nuestra aventura santiagueña había sido tan sorprendente, que todos nos encontrábamos en suspenso, cuando esa noche nos reunimos en casa de Mariano Paz para escuchar de labios de Holmes los detalles finales del caso.

—Tanto O'Lery como O'Mill han confesado —informó Holmes. Me imagino que esos apellidos les dice algo. Está claro, ambos son irlandeses.

Nuestro estupor no era menor que nuestra incompreensión. Con el dueño de casa cruzamos una mirada de zozobra e inquietud. Pero Canal Feijóo exclamó:

—¡Los vasallos que quieren destruir al amo!

—Exactamente —coincidió Holmes. La maniobra para distribuir libras falsas en Inglaterra era de responsabilidad irlandesa, no puedo asegurar que del gobierno, pero sí de ciudadanos irlandeses. El propósito era destruir o, al menos, dañar gravemente el sistema financiero del reino de Inglaterra. Hubo otros malignos intentos irlandeses en el pasado, pero ninguno tan serio, ni tan imaginativo como éste. Tengo para mí que detrás está la mano de ese genio del mal que es el profesor Moriarty, pero eso es difícil de probarlo por el momento.

—Lo cierto es que los falsificadores —prosiguió— idearon un sistema que parecía inexpugnable. Imprimían el dinero fuera de Inglaterra, más allá de las posibilidades de control de Scotland Yard, en esta ciudad. Sí, señores, aquí, en la imprenta "Amoroso". El jefe de la banda era O'Lery; éste hacía imprimir los billetes y los entregaba a un cómplice, O'Mill, que era empleado de la sección contable de la oficina en Santiago del Estero de la compañía británica de ferrocarril. O'Mill, junto a otros cómplices que trabajaban en las oficinas del ferrocarril en Córdoba y Buenos Aires, incluía el dinero falsificado en las remesas de dinero que se remitían a la casa central del ferrocarril en Londres. La empresa, sin saberlo, era la que hacía circular la moneda falsa. Como ven, caballeros, una maniobra perfecta. Pero que gracias a Dios ha sido desbaratada.

Concluido el caso nos dispusimos regresar a Inglaterra, pero nuestra partida se demoró varios días por los innumerables agasajos y convites con que quiso despedirnos la amable gente que habíamos conocido en Santiago. Pero un día, después de un banquete de despedida en los salones de la Sociedad Italiana que organizó en nuestro honor el grupo cultural La Brasa, partimos en tren desde Santiago del Estero.

Holmes miraba pensativo por la ventanilla de nuestra litera. Estuvo varias horas ensimismado y en silencio. Finalmente volvió en sí, y me invitó a cenar en el coche comedor.

Cuando estuvimos instalados en nuestra mesa, luego de encargar nuestro menú, y mientras saboreábamos un consistente borgoña, me dijo:

—Seguramente usted se habrá preguntado acerca de las razones por las que me sentía tan a gusto en esa ciudad y dejaba que los días transcurrieran. Debo decirle que al principio me incomodó profundamente el descuido de sus calles, de sus viviendas, la hostilidad del clima, el salitre carcomiendo los muros de los que fueron bellos edificios, en fin, tantas cosas... Sentía rechazo hacia todo lo que veía. Al principio. Pero luego todo cambió. Porque cambió mi mirada, mi manera de ver las cosas. Ya que, debo confesarle, en esta ciudad encontré el amor, Watson.

El asombro y la incredulidad seguramente asomaron a mi rostro. Holmes lo advirtió, y eso, quizás, lo llevó a brindarme precisiones que lejos yo estaba de solicitar por respeto a sus sentimientos.

—Se llamaba Remedios Taboada, y es la mujer más dulce y más bella que traté en mi vida. La conocí en la biblioteca Sarmiento; una tarde entablamos conversación, y quedé prendado de sus ojos transparentes y oscuros. Nos encontrábamos a menudo en La Dársena en la quinta de una amiga suya. Pero todo terminó... Debió concluir cuando me comunicó con los ojos arrasados de lágrimas que su marido militar, coronel para más datos, regresaba de la guerra paraguaya-boliviana, donde creí entender que era una suerte de soldado mercenario.

Las palabras de mi amigo me sorprendieron profundamente. Nada parecía más lejano de Holmes —al menos de la imagen que yo tenía de él— que el quiebre amoroso, que ese abandono tan radical de la razón que implica el amor. Sin embargo, al mismo tiempo su fraternal confesión me permitía explicar algunos de sus comportamientos que me habían parecido extraños.

—Ahora entiendo —dije.

—Claro —respondió Holmes—. La veía a ella todas las tardes que podía, por eso desaparecía y la investigación se demoraba. En el fondo deseaba que se demorase.

Impresionado por la confidencia de Holmes, regresamos a nuestro camarote, y tuve que ayudarlo a encontrar su sitio. Subí a la litera superior y luego de repasar las peripecias detectivescas y, sobre todo, sentimentales de la aventura que concluía, me dormí profundamente.

En la mañana el Estrella del Norte nos llevó hasta la estación del Retiro en Buenos Aires, y al día siguiente nos embarcamos en un paquebote chileno, el *Almirante Donoso*, hacia Londres.

Cuando el barco se alejaba de la costa, Holmes encendió su pipa, permaneció unos instantes en silencio, y luego dijo:

—País extraño y fascinante éste. ¿No lo cree así, Watson? Mire los perfiles de esa ciudad que se aleja. Yo creo que Buenos Aires es la capital de un imperio que nunca existió.